

por los otros, pues tu obra es confesion y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen (1): y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre (2).

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar las causas por que quiso Cristo nuestro Señor quedarse en especies de pan y vino, para ser memorial de su pasion, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.—La primera fué, para significar que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despedazados y molidos, y con vino hecho de granos de uva, pisados y estrujados; así en su pasion fué su cuerpo sacratísimo atormentado y molido con azotes, espinas y clavos, y tambien fué pisado con graves ignominias, y estrujado hasta sacarle toda la sangre y dejarle exprimido como uva en el lagar (3). Y así con la presencia de estas especies de pan y vino, quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban; y que como comemos el pan y bebemos el vino, así comamos y bebamos, é incorporemos con nosotros las penas de su pasion y muerte. Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazon con la contricion de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle.

2. Pero mas adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el Bautismo el bautizado representa, como dice san Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas (4), como él fué sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones (5), y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento el mismo Cristo representa su muerte y sepultura, cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado y puesto dentro del estómago, en memoria de que fué desnudado con los dientes de sus perseguidores, y tragado de la muerte y puesto en una sepultura: y á todo esto asiste el mismo Señor, para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasion y muerte al que le recibe. Ó alma mia, acuérdate cuando comulgas, que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibéndole dentro de tí, vivo en sí mismo, pero muerto en la representacion. Mira que su sepulcro fué glorioso (6), nuevo y cavado en piedra (7), para que entiendas que tambien tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovacion del espíritu, y fundada en la

(1) Psalm. cx, 3. — (2) Psalm. cxv, 4. — (3) Isai. lxiii, 2. — (4) Rom. vi, 4.

(5) Psalm. lxxviii, 15. — (6) Isai. xi, 10. — (7) Matth. xxvii, 60.

imitacion de la piedra viva, que es Cristo. Ó Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahora entráis, para que mientras estais en él, sea digna morada vuestra. Y como en vuestro sepulcro ningun otro fué jamás sepultado, así en éste no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

—En la meditacion XIII de la parte IV están otras consideraciones á este propósito, de lo que significa consagrar por sí el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino.—

MEDITACION XLII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES CAUSA DE LA GRACIA Y SANTIFICACION QUE SE DA DE PRESENTE, Y DE LA MARAVILLOSA UNION CON CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como habiendo Cristo nuestro Señor determinado instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarnos el fruto de su pasion, que es nuestra santificacion, determinó que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó puro aceite ó bálsamo, ó puro pan y vino: sino quiso el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darnos él mismo la gracia y aplicarnos el fruto de su pasion, mostrando en esto la infinita caridad y amor que nos tiene, y lo mucho que estima nuestra santificacion, y el aumento y perfeccion de ella. Lo cual puede ponderarse por algunos ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique sin tocar él al enfermo, antes él mismo es el médico, y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros, y dándonos la gracia que sana nuestra dolencia.—No es como el hombre rico y poderoso que da el precio para redimir al cautivo, y manda á su criado que le rescate, sino él mismo es el Redentor, y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos da la perfecta libertad de la gracia y adopcion de hijos de Dios.

2. No es como la madre que pare con dolor su hijo, y despues le da á otra ama para que le crie con su leche, sino él mismo que nos engendró con dolores en la cruz, quiere criarnos como amorosa madre con su mismo cuerpo y sangre. No es como el rey que convida á sus vasallos y manda á sus criados que les sirvan á la mesa, antes él mismo quiere ser el que nos convida, y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándonosos á sí mismo en manjar y bebida. Y aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero él real y verdaderamente asiste á todo, unido con las especies del pan y del vino. Ó Médico misericordiosísimo, ó Redentor liberalísimo, ó Rey piadosísimo, ó Madre amantísima, ¿qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicármela? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida, es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y no permitas que sea corto en agradecerla, ni tibio en aprovecharme de ella. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se han de considerar los dones que Cristo nuestro Señor da al alma cuando entra en ella por el Sacramento, porque con su entrada, *mens impletur gratia*, el ánima se llena de gracia y de caridad, y de todas las virtudes sobrenaturales, y de los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfeccion, mucho mayor que todos los demás Sacramentos, por estar aquí la misma fuente de las gracias y el dador de ellas. Como cuando el rey da limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de un rey; así en este Sacramento, como el mismo Cristo por sí mismo da limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David, que *nos corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella* (1), llenando nuestro deseo de grandes bienes; y así puedo imaginar que cuando entra por mi boca, me dice aquello del salmo: *Dilata os tuum, et implebo illud. Abre bien la boca, y yo la llenaré* (2); dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazón, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. Ó alma mia, oye la voz de tu Amado, y pues quiere ser largo en darte sus dones, no seas corta en aparejarte para

(1) Psalm. cii, 5. — (2) Psalm. lxxx, 11.

recibirlos; ensancha tu corazón con la esperanza, dilátale con la caridad, y adórnale con fervientes actos de devoción, para que cuando entre te le hinche de sus dones, y le llene de su copiosa bendición. Amen.

2. Luego ponderaré el convite espiritual que nos hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refección espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual se puede entender al modo que dice san Gregorio (1), que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hácenos banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, y de ansias para unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religión, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento, y mil afectos de oración y devoción. Mueve el don de la sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiración de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones: y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia con las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, cuyos actos son refección, sustento y hartura espiritual del alma.

3. De donde sacaré un entrañable deseo de convidarle yo también como él me convida (2), animándome á ejercitar estos actos con mi libre albedrío, ayudado de su gracia aunque esté seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar con nosotros dentro de nuestro corazón. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si nos sentáremos á comer con el príncipe, miremos lo que nos da de comer, *Sciens quod talia te oportet preparare, sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma* (3). Ó Príncipe soberano, entrad en esta pobre morada á cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustais, porque de mi parte me ofrezco de aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella (4).

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor particularmente instituyó este divino Sacramento para unirse con nosotros con unión de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto

(1) Lib. I Moral. c. 15. — (2) Apoc. xxx, 20. — (3) Prov. xxiii, 1, juxta LXX.
(4) D. Aug. Tract. 17 et 48 in Joan.; D. Ambr. 1 offic. c. 13.

significó cuando dijo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él* (1). Que es decir, está en mí por caridad, como el que ama está en la cosa amada, y yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto no es solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento y con permanencias, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros, pero queda en cuanto Dios unido con nosotros, y nosotros con él con amor de amistad mútua, amándonos y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan: *Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él* (2); porque Cristo nuestro Señor en cuanto Dios es la misma caridad por esencia, y de él nace por medio de este Sacramento la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreacion. Ó alma mia, ¿cómo no sales de tí, considerando la grandeza de este beneficio y la eficacia de la caridad que te da Cristo en este Sacramento? Si Cristo es caridad, ¿qué cosa hay mas buena? Si quien está en caridad está en Cristo, ¿qué cosa hay mas segura? Si Cristo está con él, ¿qué cosa hay mas alegre? Y si todo esto alcanzas en este convite, ¿qué cosa hay mas amable? ¡Oh convite de infinita caridad, donde la misma caridad cubierta con especies de pan y vino entra dentro de mí para mudarme en sí (3)! Ó Amado mio, múdame todo en tí, para que siempre te ame, alabe y glorifique por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de hacer páusa, ponderando las tres cosas que se han apuntado: es á saber, que quien me convida en este Sacramento es Dios, que es la misma caridad; y movido de esta caridad, hace este soberano convite. Á mas, que la comida que aquí se me dá, principalmente es la misma caridad, que es Dios nuestro Señor, y ella entra dentro de mí, y se sienta en medio de mi corazon, como Salomon el amable del Señor se sentaba en medio de su litera (4), aficionando con su presencia las hijas de Jerusalem, que son las almas santas. Y finalmente, que el fin y fruto de esta comida es la union de caridad, permaneciendo Dios en mí como en su litera y lugar de su descanso, y yo en él como en mi protector, y en lugar de mi refugio.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar las excelen-

(1) Joan. vi, 57. — (2) I Joan. iv, 16. — (3) D. Thom. ibi ex D. Bern.

(4) Cant. iii, 9.

cias de esta soberana union, por la semejanza que Cristo nuestro Señor las declaró, cuando dijo: *Como yo vivo por el Padre, así quien me come vive por mí* (1). En las cuales palabras puso Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podia traer para este intento: la cual consiste, en que así como el Hijo de Dios, mediante la generacion eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte, que el Hijo por esta generacion es un Dios con su Padre, vive en él y por él; y es sabio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como él, y con él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas; así tambien el que dignamente come á Cristo nuestro Señor en este Sacramento, en virtud de esta comida recibe, por participacion, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espiritu con él, y pueda decir aquello de san Pablo: *Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí* (2): *y mi vivir es Cristo* (3); porque vivo en él, y por él, y para él. Ó dulcísimo Jesús, pues tantas ganas tienes de que sea una cosa contigo, como tú lo eres con tu Padre, entra dentro de mi alma por medio de este Sacramento, y obra en ella la union que por él me has prometido, para que por ella seas glorificado por todos los siglos. Amen.

2. En esta consideracion tengo de ponderar aquella palabra, quien me come vivirá *propter me, por mí*, la cual abraza todos los géneros que hay de causa, dando á entender que será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come, porque será principio de ellas por su inspiracion, moviéndole á que las haga; será fin último á cuya gloria las ordene; ejemplar y dechado, de quien la saque; y materia de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere, de modo que siempre viva, *propter Christum*, como quien no sabe otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado (4), ni quiere amar, ni hablar sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo y para Cristo. De este modo Cristo será nuestra vida, la cual nos comunica en el santísimo Sacramento, y por esto se llama por excelencia Pan de vida (5), porque por él vivimos vida de Dios, y vida de Cristo en union con él, como él vive la vida misma de su Padre. Ó Pan de vida, vivificame con tu vida celestial y divina, para que de hoy mas no viva en mí, sino en tí, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con él por todos los siglos. Amen.

(1) Joan. vi, 58. — (2) Galat. ii, 20. — (3) Philip. i, 21.

(4) I Cor. ii, 2. — (5) Joan. vi, 51.

PUNTO QUINTO.—1. Lo quinto, se ha de considerar los efectos maravillosos de esta union, por algunas semejanzas.—La primera es, del pan y vino en que se hace este convite. Porque así como el manjar uniéndose con el cuerpo le pega sus mismas calidades, de donde procede que manjares gruesos crien humores gruesos, y manjares delicados, humores delicados y saludables; así Cristo nuestro Señor entrando en nosotros y uniéndose con nuestras almas nos comunica sus propiedades y calidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia, y las demás virtudes; de modo, que quedemos renovados á imágen de este hombre nuevo, y de este Adán celestial, y se pueda decir de nosotros, cual es el segundo hombre celestial, tales son los celestiales (1), y cual es Cristo, tales son los que le comen. Y aunque es verdad que comunica todas las virtudes, pero señaladamente da á cada uno la que mas ha menester, y la que mas desea y pretende con aquella comida, á semejanza del maná, que aunque sabia á todo sabor, pero servia á la voluntad de cada uno de los justos, como arriba se ponderó.

2. Á este modo puedo considerar tambien, como en este Sacramento está aquel Señor que dijo: *Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos: quien permanece en mí, y yo en él, llevará mucho fruto* (2). Y para cumplir esto entra en nosotros, y como cepa se pone en medio de nuestro corazon, y une consigo el sarmiento de nuestra alma con las varas de todas sus potencias, y las da virtud para que broten frutos dulcísimos de bendicion, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino tambien es el labrador y podador que poda el sarmiento, para que lleve fruto. Y así entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar y mortificar, y le ayuda á ello para que se conserve la union, y saque mas copioso fruto de ella. Ó alma mia, pues sabes que el sarmiento apartado de la vid no puede llevar fruto, ni vale para otra cosa que para el fuego; júntate con esta vid soberana, que es Cristo, recíbele dentro de tus entrañas, y poda cualquier cosa que de él te aparta, para que libre del fuego del infierno, ardas siempre en el fuego de su amor. Amen.

3. Tambien puedo considerar, como en este Sacramento está aquel Señor que llama el glorioso apóstol Santiago: *Verbo ingerido que puede salvar nuestras almas* (3), porque mediante la encarnacion se ingirió y juntó con la humanidad, como un árbol fructuoso se ingiere en un tronco de árbol estéril, y por ella hizo obras mas que

(1) I Cor. xv, 48. — (2) Joan. xv, 5. — (3) Jacob. 1, 21.

humanas. Este mismo Señor, mediante la comunión de este Sacramento, viene á entrar dentro de mi alma, y á ingerirse en ella por gracia. Y siendo yo de mi naturaleza tronco estéril, y que no produce sino frutos amargos de pecados, ingiriéndose en mí me hace llevar frutos dulces y divinos, no como quien yo soy, sino como quien él es, al modo que un tronco de almendro amargo por el ingerito produce frutas dulces (1). Ó Amado mio, árbol dulcísimo traído del cielo para salud del mundo; ya no me contento solamente como la Esposa, de sentarme á tu sombra y coger de tus dulces frutos (2), sino tambien deseo que entres dentro de mí, y me hagas una cosa contigo, para que con tu virtud lleve yo frutos dulces como los tuyos, que permanezcan hasta la vida eterna. Amen.

PUNTO SEXTO.—1. Últimamente, de todo lo dicho subiré á ponderar como Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en accidentes de pan y vino, mas que de otro manjar mas precioso y raro, para significar la frecuencia con que se ha de recibir (*p. IV, med. I, punto 3.º*), de qué personas, con qué disposicion, y la union y efectos que obra en ellas.—Lo primero, por aquí declaró el entrañable deseo que tiene de hacernos cada dia este banquete, y de que cada dia nos aparejemos para tener parte en él; porque los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus convites sean muy preciosos, pero muy raros, dos ó tres veces al año. Mas el Rey del cielo tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo, y cada dia por toda la vida; y así le instituye en forma de pan y vino, que es manjar de cada dia, para que entendamos, que como el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, solo por su necesidad y gusto come cada dia el pan y vino con que se sustenta; así el alma aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy á menudo, por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que nos convida con tanto amor y nos manda que le pidamos cada dia este pan cotidiano, por lo mucho que desea dárnosle. Y para mas aficionarnos, tambien nos amenaza, que si no comiéremos su carne, y bebiéremos su sangre, no tendrémus vida en nosotros (3), ni vida de gracia, ni la eterna de la gloria. Ó Padre amantísimo, hazme digno de comer cada dia este pan de cada dia (4). Y pues quieres que le coma con tanta frecuencia, ayúdame con tanta gracia, que saque provecho de ella.

2. Demás de esto, como el pan y vino son sustento ordinario de

(1) Rom. xi, 17. — (2) Cant. ii, 3. — (3) Joan. vi, 54.—(4) Luc. xi, 3.

toda suerte de personas, ricos y pobres, grandes y pequeños; así Cristo nuestro Señor quiere que este Sacramento sea sustento de todos los fieles en cualquier estado y suerte que tuvieren, alta ó baja, porque á todos convida, como se ve por la parábola del hombre que hizo una grande cena (1); y convidó hasta los cojos y mancos; y sintió grandemente que muchos se excusasen, como ponderamos en la meditacion de esta parábola (*P. III, med. LXIII*).

3. Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor con especies de pan y vino, que se hacen de muchos granos de trigo y de uva unidos entre sí, para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente si no es con almas unidas en caridad consigo mismas y con sus prójimos. De suerte, que así como no se pueden consagrar los granos de trigo ó de uva, hasta que se hacen pan y vino con la dicha union; así tambien aunque Cristo nuestro Señor entre por la comunión sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzaremos, si como trigo nos molemos con la contrición y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujecion á todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, segun dice David, conforta el corazón del hombre (2), y el vino le alegra; y aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida; así tambien este pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu (3), y aunque se coma cada dia, no causa fastidio, si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad (4), no terrena como el maná que enfadó á los hijos de Israel, sino celestial que recrea á los Ángeles del cielo. Ó Amado de mi alma, que por tantas vias y modos me provocas á gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga á él sin la vestidura de bodas (5), que es la caridad. Desnuda mi corazón de todo amor terreno, y vístete del divino, para que asista con amor á convite de amor, y alcance por su medio la perfeccion del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amen.

(1) Luc. xiv, 21. — (2) Psalm. cx, 15. — (3) Eccli. xxiv, 29.

(4) Sap. xvi, 20. — (5) Matth. xxii, 12.

MEDITACION XLIII.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS.

—Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo y para seguridad de nuestra confianza, instituyó este santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como este santísimo Sacramento es señal y prenda de la gloria que nos está prometida, por encerrar en sí la cosa mas preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió; así como entre los hombres, para asegurar la paga de alguna deuda ó el cumplimiento de alguna palabra que han dado, ó promesa que han hecho, dan en señal y prenda alguna joya, ó cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda ó iguale á lo que se ha de dar despues. Esto se puede considerar, discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es.—Lo primero, no pudo el Padre eterno darnos prenda mas preciosa y amada que á su mismo Hijo, que es tan bueno como él; así como los reyes y príncipes para asegurar las paces ó treguas ó alguna gran deuda, suelen dar en prendas ó rehenes á su hijo mayorazgo; y pues en este Sacramento nos da á su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, diónos lo sumo que pudo, no solo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido con tanta seguridad quanto es de su parte, como si ya nos la hubiera dado, conforme á lo que dice san Pablo: El que no perdonó á su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, ¿por ventura no nos dió con él todas las cosas (1)? como quien dice: Quien me dió á su Hijo por Redentor, y me lo dió por manjar y comida, ¿por ventura no me dará su gracia y su gloria, y todas las cosas que ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará quanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar. Gracias te doy, ó Padre amantísimo, por tal prenda como me das de mi salvacion y perfeccion. Suplicote, Dios mio, que lo que es tan cierto de

(1) Rom. viii, 32.